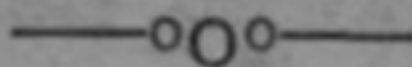


# SAN JOSE -:- PEKIN

(Crónica de un viaje a la Primavera de los Pueblos)

Por ADOLFO HERRERA GARCIA



## UN PAIS DE JOVENES

Se nos anuncia que salimos para Moscú a la mañana siguiente. Yo entonces subo a mi habitación del Hotel "Flora" y desde la ventana contemplo las calles atravesadas de tranvías de color azul, siempre llenos de muchachas bonitas y de obreros alegres. Yo no sé qué se hacen los viejos. Pero aquí en Checoslovaquia parece que solo gente joven anda en la calle. No se ven tipos como aquél caballero gordo del avión, sudoroso, mantecudo, senil, gastado. Ni tampoco se ve a ese señor de paraguas, con abrigo, para quien todo el mundo está encerrado en su billetera. Ni tampoco vemos a esa vieja ridícula, que se vuelve santulona en vista de que la biología le impide ser pecadora. Las calles, los parques, las fábricas, los teatros, los museos, todo está lleno de jóvenes. Y esa juventud se impone en la dirección misma del país. Esta nación no está manejada por senadores valetudinarios ni por accionistas de "truts", que hace años se despidieron de los buenos placeres de la vida, del amor, de la risa, de la benevolencia, de la felicidad para emocionarse ante un gesto noble, ante un amanecer, ante un cielo con estrellas, ante una pareja que camina de la mano, ante un chiquillo que se chupa el dedo en la cuna. Aquí no hay dirigentes políticos gastados física y moralmente. Aquí la juventud imprime su alegría de vivir en todo: en la elaboración de películas geniales, de "fábulas" admirables, encomendadas a directores, artistas y fotógrafos sacados de las Universidades, de 20 años; en las fábricas, cuyos gerentes tienen 30 años a lo sumo; en el Gobierno, lleno de ministros cuarentones, fuertes, alegres, sencillos, con cara de muchachos; en los "koljoses", surcados por tractores que manejan campesinos jóvenes, contabilizados por oficinistas que no tienen todavía bigote; en las calles, donde siempre irrumpe de pronto el grupo juvenil que canta y ríe, con una alegría que le corre por dentro, con la masa de la sangre, a pesar de que esta juventud es la más preocupada por el peligro de una guerra, cuyos horrores vivió no hace mucho tiempo. Este no es un país de viejos. Este país está en primavera.

Y esa primavera la vemos en la sonrisa del obrero fornido; en la mirada luminosa de esa colegiala; en esos rostros alegres de estudiantes; en esas casas donde se oyen cantar a los chiquillos; en esas cifras de su producción; en esa cosa simple y civilizada de darle a cada uno según su trabajo y no según sus medios de explotación.

## HACIA LA UNION SOVIETICA.

Subimos al avión. Es soviético. Van cuatro hombres en la cabina. Todos sonrientes, altos, rubios, ojos celestes. Me asombro al creer que son unos chiquillos. Pero dos de ellos hicieron toda la guerra contra el fascismo, y tienen más horas de vuelo que cualquier veterano de Estados Unidos. Se batieron en los aires, bombardearon Berlín, hicieron la defensa de Mos-

cú, impidiendo que cayera en su capital una sola bomba nazi; y ahora son los pilotos que hacen la ruta comercial Praga-Moscú. Dos de ellos se ponen en el control de la nave; los otros dos, sacan un tablero de ajedrez y se ponen a jugar.

Aquí no hay que hacer ninguna de las operaciones que se hacen en los aviones "occidentales" al emprender el vuelo: no hay que amarrarse ninguna faja a la cintura porque no se siente cuando los aviones soviéticos levantan el vuelo; no hay que apagar los cigarrillos en el momento de despegar de la pista, porque en los aviones soviéticos no hay peligro de incendio; ni vacíos ni bailoteos ni sacudeones, sino un suave deslizar que es igual en el aire que en la tierra. Se siente una seguridad plena en estos aviones soviéticos. Por algo los yanquis pagan miles de dólares por un avión soviético que se les entregue: quieren saber cual es el secreto de la superioridad aeronáutica de Rusia. Yo, volando en uno de estos aviones, sé ahora por experiencia propia que los rusos no mienten cuando afirman que su aviación es la mejor del mundo. Y comprendo que tampoco el senado yanqui miente cuando dice que eso es cierto.

En este vuelo no va ninguna camarera. Atrás, en un estante van dos termos inmensos que parecen dos tarros de leche de 100 litros, dos termos rusos, llenos de té, y arriba de nosotros, en los maleteros, una caja grande como una valija, para cada pasajero, llena de "sandwichs" de carne, jamón y queso; de barras de chocolate, de peras, manzanas, uvas y un limón agrio grande como una toronja, sin semillas. Cuando uno quiere se levanta, abre el termo, se sirve el té en un vaso de cristal incrustado en una base de plata labrada, y se come un "sawich", si es que le cabe, porque son como para dárselos a Joe Louis antes de una pelea. Los pilotos sonríen al verme con apetito, y con un gesto de la mano, diciendo algo que no entiendo pero que adivino, me invitan a tomar más té y a comer el otro "sandwich", que es de jamón rosado y suave.

Adelante de nosotros va un militar. Me llama la atención el hecho de que todos estos hombros soviéticos tienen cara de chiquillos. Este militar soviético tiene tal candor en el rostro, que uno se siente tentado a tenerle confianza. Yo abro un paquete de cigarrillos "Ticos", y le ofrezco uno. Me vuelve a ver, se sonríe, lo toma y entonces me regala uno ruso. Lo encendemos y en silencio, porque ni yo sé ruso ni él sabe de donde soy yo, comenzamos a fumar. Es una especie de pipa de la paz de los pieles rojas. Yo examino el cigarrillo ruso. El ha dicho "papurusa". Le digo a Eduardo que cigarrillo en ruso se dice "papurusa", y me vuelve a ver medio escamado. ¿Le estaré tomando el pelo? pero le enseño el cigarrillo para que vea que ya hice conexiones soviéticas, y entonces sonríe.

—¿Qué tal es? me pregunta.

Yo le digo la verdad:

—Muy malos! ¡Estos "papurusas" rusos saben a diablos!

CONTINUARA.